EL ESPAÑOL EN LA ASOCIACIÓN NACIONAL DE EDUCACIÓN

Por primera vez en su historia la Asociación Nacional de Educación diò al español un lugar señalado en el programa de sus sesiones. Como resultado de ello nos presentamos en Píttsburgh a principios del mes de julio un grupo de maestros neoyorquinos, ansiosos de aprender y curiosos por descubrir lo que del español piensan y dicen los educadores de otras regiones del país. Llevábamos escondida en los rincones del espíritu una sospecha hija de pretéritas desilusiones. Temíamos que, al fin y al cabo, aquello no había de dejarnos ningún sabor en la boca; pero a este temor oponíamos una persistente esperanza, hija de nuestro propio deseo.

Y de todo hubo en la viña del Señor. El programa que aparecía en la carta de invitación que repartió el presidente Lawrence A. Wilkins era interesante, y se desarrolló al pie de la letra. En lo general el desarrollo fué satisfactorio y provechoso. Véase la parte relativa de la mencionada invitación:

"Háseme asignado un lugar en el programa de la sesión matutina del día dos de julio, cuyo tema general será: 'La guerra y los idiomas modernos.' Mi memoria versará sobre 'El español como substituto del alemán para fines de educación y cultura.' En la sesión de la tarde se hablará de 'Las lenguas modernas y el futuro de nuestro país' y en ella alguien disertará sobre 'La enseñanza del español como un servicio patriótico.' El tres de julio por la mañana los maestros de cada lengua celebrarán sesión por separado; y a mí se me ha encomendado presidir la reunión de los maestros de español, en la cual se estudiará 'El año elemental de español.' He tenido que obrar con premura en la formación de este programa, y por eso he escogido a personas que se encuentran cerca mí, en el Este, para darles tiempo de prepararse. Algunos de los temas que serán desarrollados (todos desde el punto de vista del año elemental), serán: 'Trabajo oral,' 'Gramática, ¿cuánta y cómo?', 'Organización y obra de los círculos españoles escolares' y 'Expedientes y accesorios empleados en el año elemental.' Algunos profesores de colegios y escuelas secundarias leerán memorias, y los temas quedarán sometidos a discusión general.

"Ahora que la enseñanza del alemán está llegando a cero, la carga de la enseñanza de las lenguas modernas cae pesadamente sobre los hombros de los maestros de lenguas romances, y especialmente sobre aquellos cuya especialidad es el español. ¿Cuál va a ser nuestra línea de conducta? No hay más que una respuesta: Hacer lo posible para mejorar nuestro trabajo y estimular a los maestros de español a obtener una preparación mejor, un conocimiento más completo del idioma y su literatura, y más eficaces métodos de enseñanza.

"De varias partes se nos vigila y estudia. No es fácil nuestra labor. Si hemos de resolver con éxito los problemas que se nos presentan, necesitamos imperiosamente una cooperación consciente y entusiasta de parte de todos los maestros de español."

Esta carta era una exposición franca y clara de la situación, y un toque de asamblea a que no era posible resistir. Veremos cómo se desarrolló el programa.

La sesión del dos de julio por la mañana se abrió con un discurso lleno de sólidas reflexiones, obra del Prof. Collette del Instituto Tecnológico Carnegie, acerca de la enseñanza del francés a los soldados. Cièrta nota de desencanto que persistió durante todo el discurso fué una prueba de sinceridad que supieron apreciar los maestros de idiomas en las escuelas nocturnas, en donde se presentan muchos problemas análogos a los señalados por el orador, y todos aquellos que se rebelan contra los innúmeros charlatanes que prometen enseñar francés o español en menos que canta un gallo. En seguida ocupó la tribuna el presidente de la Asociación Americana de Maestros de Español, el señor Lawrence A. Wilkins, quien leyó una interesantísima memoria, cuya publicación íntegra es muy de recomendarse, y cuyas notas dominantes fueron una sana doctrina, una documentación abundante y un intenso patriotismo. El señor Wilkins demostró plenamente la superioridad absoluta del español en comparación con el alemán, y con datos precisos puso de relieve la brillante contribución que España ha ofrecido a la cultura humana en el terreno de las letras. Discursos como éste son todavía necesarios, ya que hay muchos que insisten en creer o en aparentar creer que el español es una lengua que si tiene alguna importancia la debe únicamente a su aspecto comercial.

Que no se da al español el lugar que le corresponde, al menos en el ánimo de ciertos profesores aun rehacios a toda convicción,

quedó demostrado con el discurso que en seguida pronunció el señor E. H. Wilkins—¡cuidado con barajar los Wilkins!, que éste es harina de otro costal. Este, que vino de Chicago, redujo lo más importante de su memoria a una defensa del italiano, idioma que nadie atacó, y que había sido defendido también, en debida forma, por el señor Wilkins de Nueva York. El colombroño de nuestro presidente reconoció que el español es bueno, pero afirmó que no debe darse en cantidad tan grande como se pretende dar, no sabemos por qué, tal vez porque es bueno y porque todo el mundo lo pide. Además insistió en que debe enseñarse el italiano, cuya superioridad es para él indiscutible, aunque no se tomó el trabajo de decir por qué lo considera mejor que el español. Habló, por supuesto, de la patria del Dante y de Carducci, de Colón y de Díaz, y concluyó afirmando que España es un país de una neutralidad hostil y que una de las razones por las que debe enseñarse el italiano es la de poder tratar con los colonos italianos que existen entre nosotros. No fué lejos por la respuesta el distinguido orador, cuyo discurso realmente estuvo lleno de bellezas literarias. La señorita Carolina Marcial Dorado, hasta hace poco profesora en la universidad de Puerto Rico, y una española encantadora, puso muy dulcemente en calzas prietas al señor Wilkins (de Chicago), preguntándole por qué acusa de hostilidad a España. El profesor contestó muy caballerosamente, y sólo quedó en duda, después de su galante retirada, este punto que nadie impugnó: ¿Debemos aprender el italiano, como quiere el profesor, para entendernos con los colonos que nos llegan de Italia? ¿No sería mejor hacerlos que aprendan el inglés, para que se conviertan a la mayor brevedad posible en buenos ciudadanos americanos? Hay que confesar que los maestros de español nunca hemos trabajado por el bien personal de los colonos españoles de América. Creemos que si éstos vienen aquí tienen más obligaciones para con esta tierra que les da hospitalidad de las que el país tiene para con ellos. Nuestra labor siempre se ha basado en lo que consideramos bueno para el pueblo americano, y hemos demostrado que el aprendizaje del español es un bien para el país, sin que nos hayamos cuidado mucho de que sea un bien para ningún otro pueblo.

En la sesión de la tarde habló el profesor M. A. De Vitis, de Píttsburgh acerca de "La enseñanza del español como un servicio patriótico," y sus palabras estuvieron llenas de una sana devoción

a esta tierra, y de una lealtad que ha sido hasta hoy, y estamos seguros de que será siempre, característica de los que enseñan la lengua castellana.

El día tres por la mañana se trató la enseñanaza del español en sus aspectos más prácticos. Hablaron, en el orden aquí expresado, el que escribe estas líneas, sobre la enseñanza de la pronunciación en el año elemental; la profesora señorita Edith Fáhnestock, del colegio Vassar, sobre el trabajo oral en el año elemental de colegio; el profesor M. A. Luria de la Escuela Secundaria DeWitt Clinton, de Nueva York, sobre el mismo trabajo en la Escuela Secundaria; el profesor William A. Bárlow de la Escuela Secundaria Comercial de Brooklyn, sobre la Gramática en el año elemental; su cantidad y manera de enseñarla; la señorita Carolina Marcial Dorado, antes de la Universidad de Puerto Rico y hoy del departamento editorial de Ginn y Compañía de Nueva York, sobre la clase y cantidad de lectura que debe enseñarse en el año elemental; la profesora señora Isabelle M. Day de la Escuela Secundaria Inglesa de Lynn, Mass., sobre los expedientes y accesorios que pueden usarse en el trabajo del año elemental; las profesoras señoritas Ruth G. Wilson de la Escuela Secundaria de Bushwick y Gracia L. Fernández de la Escuela Secundaria de Nueva Utrecht, ambas de Brooklyn, sobre la organización y las labores de los círculos españoles en el año elemental de la escuela secundaria; y la profesora señorita Catherine C. Kelly, de la Escuela Intermedia del Parque Séward de Nueva York, sobre la atmósfera española en la clase de español de la escuela intermedia.

Esta sesión fué grandemente provechosa. Sería muy benéfica la publicación de un folleto que contuviera todos estos discursos. ¿No hay un hombre emprendedor que se tome la molestia de reunirlos, publicarlos y venderlos al costo? ¿Pasarán al olvido las bellas y útiles cosas que allí se oyeron? Hay que leer y meditar lo que dijeron aquellos que tienen entre manos la labor diaria. Aquí diremos solamente que entre lo que más nos impresionó debe contarse el carácter eminente sólido y práctico del discurso del profesor Luria; la idea de la señorita Fáhnestock de asociar en la enseñanza de un mismo grupo a un maestro natural de un país de habla española con un americano, para que se suplan y completen; la solidez con que el profesor Barlow dió a la gramática el lugar que le corresponde, sin desecharla del

programa, pero sin ponerla como lo único ni lo más esencial; el encanto de las palabras de la señorita Marcial Dorado, quien habló en español y es una enamorada de los libros; el inolvidable atractivo que puso en su discurso la señora Day, asociando un infinito encanto personal con las ideas más prácticas; las excelentes piezas literarias de las señoritas Wilson y Fernández, cuya labor en los círculos españoles ha sido transcendentalmente útil, y el broche de oro con que cerró esta memorable sesión la señorita Kelly, cuya labor en la escuela intermedia es muy digna de estudio, y que ha realizado, silenciosa y dulcemente, una gran labor apostólica entre los niños del Este neoyorquino, en donde se funde el metal que habrá de formar, de italianos y judíos, ciudadanos americanos buenos y fuertes.

Este último párrafo casi parece una gacetilla de sociedad; pero no hay manera de hacer justicia a los que tomaron parte en este programa si no es leyendo en su totalidad lo que en esta sesión se dijo. Basten, pues, estas palabras en lo que se refiere a los oradores.

Por lo que toca a la impresión general producida en nuestro ánimo por estas sesiones, debemos decir que, salvo algunos lunares de poca importancia, si bien no encontramos todo lo que deseábamos, hallamos un consolador conocimiento de que cada día el español ocupa un lugar más alto en el ánimo de los elementos escolares del país, y que ya muy pocos discuten su importancia. La mayoría se dedica a resolver los problemas que la enseñanza de esta lengua presenta; y en esta labor todos estamos unidos, seguros de que los resultados habrán de premiar nuestros esfuerzos.

Guillermo A. Sherwell

Utrecht High School
New York, N. Y.